

ASÍ SERÁ, ASÍ ME LO HAN CONTADO

“La luna, mi amor, siempre ha estado ahí, en el horizonte, como un testigo fiel del paso del tiempo. Su cara cambia según los acontecimientos que suceden en la aldea.

Así, se muestra radiante y luminosa si los ancianos se reúnen para charlar bajo el firmamento estrellado, si los niños sonríen y están bien nutridos, si los viejos muros de adobe de la escuela, antes desmoronados, han sido de nuevo levantados y las voces y las risas infantiles llegan hasta el último rincón del poblado, si los adultos cultivan los campos y se saludan amablemente al encontrarse por los caminos, si las hembras tienen los pechos rebosantes para amamantar a sus crías, si el agua no se agota en los largos meses de sequía.

Aparece triste y apagada cuando, en la hoguera, el chamán se entristece porque los espíritus le transmiten malos augurios y teme que la sangre corra como un manantial al rayar el alba, cuando los niños ni siquiera lloran porque el hambre y la sed se apoderaron definitivamente de sus cuerpos como dos sanguijuelas tiránicas y crueles, cuando los menores trabajan de sol a sol y los libros ni siquiera son un recuerdo en el mundo de los sueños, cuando la tierra está yerma porque los hombres malditos y el sol quemaron las cosechas, cuando los bebés chupan ubres acartonadas y las madres gritan maldiciendo la venganza de los dioses, cuando el lodo se acumula en la superficie de los pozos y las nubes olvidaron su regalo en algún lugar recóndito.

En ocasiones, luce pavorosa y tétrica porque los guerreros agitan sus banderas sembrando de minas y veredas, porque los niños desaparecen en la noche amargas para luego ser azotados, entrenados y drogados, porque el fuego penetra en las chozas hasta quedar completamente arrasadas, porque las gentes huyen atropelladamente, sin descanso, de las matanzas y persecuciones con el pánico golpeando en sus sienes, porque la impotencia se apodera del futuro y mirar al cielo es imposible porque todo está oscuro y nublado. Entonces nadie se atreve a mirarla porque el horror se apodera de la tribu y las palabras quedan para siempre enterradas bajo océanos de silencio.

Hoy, querida mía, está espléndida por la llegada de las primeras lluvias.”

Tissina es una joven africana que tiene una hija a la que le gustan los cuentos, una pierna amputada desde hace cinco años y una sonrisa en los labios.

“La luna, mi amor, siempre ha estado allí en el horizonte...”. La biznieta, acurrucada en el regazo de la bisabuela, escucha atentamente una y otra vez, una y otra vez.

Tissina ya no camina, se siente muy cansada. El invierno tiñó de blanco sus cabellos y a sus labios pronto llegará la perpetuidad del silencio, pero, mirando el destello que emana de los ojos de la niña, intuye que la esperanza es una energía telúrica capaz de transformar el mundo.

Jesús Claver Giménez